

**Alicia Lastres Bermejo**  
**IES Gran Capitán (Madrid)**  
**COMUNIDAD DE MADRID**



## **Caos**

Conozco cada segundo de la vida de cada humano. Cada emoción que sentirán, cada momento que vivirán. Conozco al ser humano más de lo que ningún antropólogo podrá hacerlo jamás.

Aun así, a pesar de saber de ellos más que nadie, nunca podría responder a la pregunta “¿por qué?”. Quizá sea por admiración. El poder de vivir sin tiempo es uno que muchos seres quisieran alcanzar.

Miro hacia el Frente y suspiro. Para mí, al contrario que ellos, no existe el tiempo. Aun así reino sobre él.

Mi Biblioteca de Vidas es lo único que he llegado a apreciar. Todos los seres vivos, viviendo al son de sus relojes de arena, dejando caer los granos lentamente, de forma uniforme y sutil. Si la arena de un reloj deja de caer, significa que el ser ha dejado de vivir. Y ahí es donde empieza mi trabajo.

Recopilar todos los relojes terminados, lavarlos, darles una nueva existencia. Todo con el mayor detalle, evitando dejar una simple marca que recuerde mi presencia.

Nadie merece estar marcado por mí. Al fin y al cabo, soy la Muerte, y todo el mundo teme la muerte.

Por eso, cuando oigo unas sonoras pisadas interrumpiendo mi adorado silencio, corro hacia las escaleras y subo hasta uno de los múltiples balcones que rodean la estancia, desde donde tengo una vista general.

El primer lugar a donde miro son las vidrieras, retratando escenas de vida apasionantes que cambiaron el rumbo de la historia, tal y como estaba escrita. No hay ningún cambio, así que dirijo mi mirada rápidamente por las estanterías, que permanecen igual a como las dejé.

El terror se apodera de mi cuerpo.

Solo queda un lugar donde un desconocido podría estar.

Y nadie puede estar ahí.

El Gran Reloj Central es mi reloj de arena. Rodeado de mecanismos que hacen que nunca deje de girar, es lo que me mantiene infinita e impune. Es, al mismo tiempo, el de mayores dimensiones siendo casi cinco veces el tamaño de los demás. Y es el más frágil.

Por eso, un simple toque podría acabar conmigo.

El desconocido está ahí, apoyado sobre la barandilla que hay alrededor del mecanismo, estirando la mano para tocarlo. Tocar. Tocalo. La palabra resuena en mi mente.

Trato de gritar una advertencia, pero no lo consigo. Los seres humanos no son capaces de ver a la Muerte hasta que es demasiado tarde.

No importa.

Salto del balcón y caigo al suelo, levantándome casi inmediatamente para correr hasta el reloj. Sus dedos se estiran y tocan el cristal, que estalla al instante. Se protege el rostro con los brazos.

Cuando llego hasta él, no puedo evitar que mis lágrimas corran violentamente por mis mejillas, detrás de mi máscara de cuero, que imita a las usadas en los teatros de los años veinte.

Pero el humano me mira, con su mirada incrédula y aterrada. Si puede verme, significa que ya no soy más que un mortal. O que él no lo es.

Le ignoro. Él da igual. Solo importa el reloj, de arena roja como la sangre, bases metálicas con grabados de oro. Grabados que hablan de mí.

La arena se escapa lentamente, se escurre entre los cristales y se acumula en la base, sin ningún orden o sentido. Es sólo caos.

Mi mirada se emborrona. Veo la figura del mortal cerniéndose sobre mí y un extraño líquido en mis labios, no tapados por mi máscara. Dejo de ver.

Al recuperarme, siento que todos mis músculos han explotado, que mis huesos se astillan y que mis órganos se secan.

Me centro en el humano. Es alto para ser un mortal. Cabellos oscuros y desordenados, mirada clara y subjetiva, pecas en todo su rostro, ropa gastada y manchada de grasa, gafas de aviador y una enorme mochila tras su espalda.

Ve el temor en sus ojos.

Sabe quién soy.

Sabe quién soy y me acepta. Me ayuda.

Dice ser un viajero. Dice ser un inventor. Dice amar mi Biblioteca.

Dice miles de cosas sin importancia. Cosas tan triviales que me hacen pensar que de verdad querría morir así.

-Llevo meses buscándote.- Su voz realmente me sorprende. El hecho de que deje de hablar de sí mismo no es tan importante como el hecho de que esté hablando de mí. - Hace meses que debería haber muerto. No lo he hecho, y sólo necesito saber el por qué. Quiero cambiarlo.

-¿Por qué un humano querría morir?- Su insignificante rostro se levanta de golpe. Mi mira con odio y curiosidad al mismo tiempo.

-Es posible que la Vida sea más cruel que la Muerte?- Entonces lo sé.

Este ser no es humano. No es mortal.

Les solemos llamar "Caos". Es por lo que viven. Son la definición de paradoja. Son la parte cruel del amor y la alegría en la tristeza.

-El caos es interminable.

-Ya veo.

Y entonces, todo desaparece a mis ojos.

¿Qué ocurre con la Vida si la Muerte muere?